



LA SIESTA ETERNA

POR MIGUEL DE UNAMUNO

AUNQUE aquello a que se llamó la Gran Campaña Social parece que se hizo abortar, nos conviene, a los liberales, estar siempre sobre aviso, porque su cesación, o mejor remisión, no fué acaso sino temporal. Fué una retirada táctica. Se espera a tiempos más propicios para renovar, aunque en otra forma, aquella campaña. Y la acción íntima que la produjo persiste. Ven sus fautores que se equivocaron en el momento, y acaso en el aparato; pero aguardan.

Las gentes que alentaron esa campaña, las mismas que fundaron y sostienen *El Debate*, las que alientan con la concepción jesuítica de la vida y de la historia, viven alarmadas. Aunque no es del todo exacto que hablemos de concepción jesuítica de la historia, ya que lo propio del jesuitismo es la negación de la historia.

En nada acaso se revela más hondamente la esencia del jesuitismo que en aquella famosa expresión del Catecismo de la doctrina cristiana de nuestro P. Astete, un jesuíta, y es la que dice: «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder». Y es que nadie como los jesuítas ha defendido la fe implícita, la fe del carbonero. O sea la obediencia de entendimiento que dijo Iñigo de Loyola. El jesuíta llega a más y es a desconfiar de la teología. Cuanto menos se piense en problemas religiosos, mejor. Basta tomar el dogma ya hecho, el género de fábrica con su estampilla.

La pedagogía jesuítica es cifra en hacer que se enseña sin enseñar, ya que la ciencia es peligrosa. Unas cuantas reglitas, un artificio cualquiera, lógico o retórico; unos ejercicios espirituales en que todo esté ritualizado, en que no haya que pensar. Acaso erudición, pero sin alma. Jesuitismo es lo opuesto del humanismo. Hasta a la mística trataron de mecanizarla, de arrutinarla.

Para el jesuíta los dos motes de mayor condena son excéntrico y extravagante. Y es que él, el jesuíta — pertenezca o no a la Compañía —, es concéntrico e intravagante. Se cree que ha viajado mucho cuando se ha pasado años enteros dando vueltas cada día al jardín o acaso al patio del convento. «¡Cuánto ha viajado el P. López!» Y el P. López se ha andado cinco leguas cada día, pero sin salirse de la huerta de su residencia. Y así en sus estudios. De donde cuanto más estudian saben menos. Y lo proverbial ya de la ignorancia — y de la bobalico-

nería a la vez — de un jesuíta español especie de monje budista tibetano.

Y este jesuitismo español, este horror a la inquietud mental, a la curiosidad de espíritu, al hambre y sed de conocer, esto que es lo que más produjo nuestra Inquisición de antaño, esto se alarma ahora. En el plan de los que se servían de D. César Silió en Instrucción Pública entraba apoderarse de la enseñanza pública para luego enseñar lo menos posible. Desde luego limitar el programa de la instrucción primaria. El maestro de escuela no debe enseñar más que a leer, escribir, contar, las cuatro reglas de aritmética y catecismo, mucho catecismo. Quien añade ciencia añade dolor. E inquietud y desasosiego y... desobediencia. Y más peligroso que la ciencia, el arte; más que la verdad, la belleza. El arte es el enemigo; el bello arte se entiende. Por eso el jesuitismo es profundamente académico y preceptivo.

Un párroco, educado jesuíticamente, decía hace poco que entre los indianos, los que vuelven de América, y los maestros de escuela formados en Normales cuyos profesores procedan de la Escuela Superior del Magisterio, están echando a perder a los pueblos. Y además los periódicos. Y en general todas las lecturas.

El vasto plan que había bajo eso de la Gran Campaña Social! Y plan que sigue. Un plan para estupidizar a España, para extender por toda ella la memez jesuítica, para convertirla en un Paraguay como el de las Misiones o Reducciones con que acabó Carlos III, Acadia feliz de prosperidad material y de muerte del espíritu.

Eso sí, negocio, mucho negocio. ¡Negocios de aquí abajo, porque eso distrae y adormece el espíritu y luego

el gran negocio de nuestra salvación! El destino final del hombre, el pavoroso problema de nuestra misión histórica, de la finalidad de la conciencia humana, convertido en un negocio. Y regido este negocio por las prácticas, también mercantiles y como de escritorio, de ese culto tibetano a lo que llaman el Sagrado Corazón de Jesús. Superstición del más genuino estilo tibetano.

Un Tibet occidental se quería y se sigue queriendo hacer de nuestra España. Nada de extravagancias, nada de originalidad, nada de espontaneidad de pensamiento, sino todo a regla y compás. Ni siquiera repensar lo que otros hayan pensado.

Cuando el primer hombre se puso a comer del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal cayó, según la leyenda bíblica, en el pecado original y de aquí empezó la historia que es lo que otros llaman el progreso. Y la historia es el proceso de la divinización del hombre, del acrecentamiento de la conciencia. Pero el ideal jesuítico es sumirnos en la infantil inocencia paradisiaca y en la obediencia del cadáver. Por algo ponen como ideal de los jóvenes a ese dechado de insignificancia que es San Luis Gonzaga, que por lo demás no pudo haber sido como los jesuítas nos lo pintan porque eso ni es persona. Hay una simplicidad que no llegando a ser humana, no puede llegar a santidad.

¡Y lo que se podría decir de la grotesca memez de los procedimientos que los padrecitos ponen en práctica para atraerse a los niños! Diríase que los creen a todos guaraníes.

Y no cejan en el empeño de estupidizar a España, de tibetizarla. Cada uno encarrilado en su negocio de tejas abajo y luego ellos, con la mecánica de los ejercicios espirituales y otras maquinillas por el estilo, administrando el gran negocio de nuestra salvación. O sea la siesta eterna.

(España. Madrid).

Una carta y su comentario

POR ENRIQUE JOSE VARONA

SI es cosa impertinente que lo escrito de ayer hoy se comente, como aseguraba el poeta español, voy a cometer a sabiendas esa impertinencia. Voy a poner breves comentarios a una carta mía, escrita hace poco; y lo hago así, porque algunos de los peligros señalados en ella se nos presentan hoy más amenazadores.

No pretendo sino cumplir con mi deber de ciudadano: pues se trata en el Congreso de introducir cambios de

extraordinaria trascendencia en nuestra Constitución; y parece y es natural que tal empeño sea estudiado, y juzgadas sus consecuencias posibles.

Desde luego he de poner el mayor empeño en no atender a prejuicios ya que se trata de un asunto cuyas consecuencias tocan a todos los cubanos y cuya repercusión se ha de extender a muchas generaciones.

La carta dícé de esta suerte: